

LA CAMPANA

Montevideo Miércoles 15 de Mayo de 1878

DIRECTOR — LUIS REVUELTA

Año I — Núm. 49

DIARIO DE LA TARDE

ALMANAQUE

JUEVES 16—Santos Juan Nepomuceno y Honorato.

CONDICIONES

Este diario se publica por la imprenta calle Mercedes número 117.

Suscripción mensual, 1 peso

(Papelera adelantada)

AVISOS Y SOLICITADAS

Se reciben hasta las 2 de la tarde en la oficina de Redacción y 25 de Mayo núm. 110 y pasada esa hora en esta imprenta.

LA CAMPANA

MONTVIDEO, MAYO 15 DE 1878

UN INTERÉS SUPREMO

Dada la convocatoria a elecciones generales con el fin de hacer entrar al país en el orden de su constitución y de sus leyes, abiertos los Registros cívicos y empezada la inscripción en ellos, de los ciudadanos, todos los intereses públicos se concentran en el del restablecimiento de nuestra vida política y social, permanente y estable.

Pagar por el país sea solemne, como solemnes deben ser sus resultados, el trabajar por el país y por el país elevarse sobre el nivel de nuestro doloroso pasado, y hacer algo por el porvenir.

Los que hemos laborado en la obra de reconstrucción que toca a su término, sin contar, como dice Lamenais tratando de los sacerdotes que exige la adquisición de la libertad, los días pasados sin descanso y las noches vacías de sueño, nos debemos en estos solemnes momentos, al coronamiento de nuestros afanes y desvelos.

Cuando el Coronel Latorre recibió el mandato de que está levantado, fundamos en el interregno constitucional que él abría, esperanzas halagüeñas, que felizmente se han realizado.

Vimós entonces, en ese paréntesis abierto, a nuestra vida normal, el remedio que necesitaban nuestros males, y a ese remedio, a su preconización, le dedicamos la fé, que aspiramos a su realización, y la esperanza que hoy le sonríe al país.

O vigilar todo lo que nos rodea, cuando se vislumbra el sol que debe fecundizar aquel trabajo, es algo que no puede resistirse, cuando se tiene la conciencia de que de sus frutos debe vivir en el porvenir, vida honesta, laboriosa y tranquila, nuestra sociedad.

Tales consideraciones, nos hacen continuar, usando la frase de aquel célebre filósofo que volvió a su celda después de un largo interregno: "Decíamos ayer".

Es un deber ineludible, para todo el que siente latir un corazón patriota—para todo el que aspira a una vida civilizada—para todo aquel que cifra su porvenir en el orden y lo desea, porque a su sombra se cosechan los magnos beneficios que hacen felices a las sociedades, contribuir a que volvamos a la vida normal de que nos separaron nuestros desaciertos, purgados, sino del todo en el lapso de prosperidad transcurrido, en lo bastante al menos a corregirnos y a comendarnos en la futura existencia.

Y a ese deber convocamos a los buenos, pidámosles que depongan sus preocupaciones, fueren ellas las que fueren, y tengan por origen las causas que tuvieron.

Vamos a la vida nueva, que a ella nos devuelve las conveniencias generales, bajo la égida del hombre que nos recibió en el caos, y nos entregó en el orden.

Vamos a entrar en esa vida de que tanto necesitamos—esa vida que nos devuelve el rango de Nación organizada—de sociedad constituida—de pueblo con autonomía, con leyes que fijen su marcha, la amparen y la garanticen.

FOLLETIN

MUJERES DE CORAZON

NOVELA DE COSTUMBRES

ESCRITA POR

D. ALVARO CARRILLO

—No lo dará. Puede graduarse para quince, veinte días, un mes o dos.

—El término medio de ese tiempo; un mes.

—Convenido, ¿quién es el beneficiario?

—¿No lo ha sospechado usted?

—Como tenemos dos días en perspectiva, ignoro a quién pueda referirse.

—A la condesa de Orgaz.

—¡Hola! ¿no la perdona usted sus bromas del bato de Rosina?

—Mas que eso hay, doctor; Luisa era muy amiga de Carolina, y ellas y dos amigas más de colegio, tenían formada una especie de asociación para auxiliarse recíprocamente.

—Eso ya es otra cosa.

—Recordando una porción de acontecimientos pasados y algunas de las inclinaciones que Luisa me ha hecho varias veces, he venido en conocimiento de quién era, y debo estar que pueda hacerme más daño por lo sucesivo.

ducción a la meta apetecida; vengán el impulso de la opinión, y el próximo año nos hallará sobre ella, con la vista fija en el porvenir.

A los Registros, pues, los ciudadanos, a constatar sus derechos—¿a significar sus aspiraciones, y a prometerle al país la voluntad de su concurso.

A los Registros hoy, mañana a las urnas, y después en el pleno ejercicio de la soberanía, a la labor reposada y tranquila que fecunda el orden y fructifican las leyes.

No es ciudadano, ni lo será nunca a la luz del patriotismo, el que le niegue a la reconstrucción Nacional, el continente que la obra exige a todos y cada uno de los miembros de nuestra comunidad política.

VARIEDADES

Miramar y la ejecución de Maximiliano

Miramar está a la legua de Trieste. El camino es delicioso. Se ve a orillas del mar que se encana, avanza y se redondea, bordado siempre de un elegante encaje de espuma. Cuando esto mar no está agitado como una furia de Averno, parece puro y hermoso como el semblante de una joven. Sus olas son limpias y azules. Su ambiente refrigerador. Su voz tierna como un suspiro. Bandadas de gaviotas giraban en torno nuestro en el azul del cielo, y a lo lejos veíamos pasar como espectros de navíos naufragos, las formas indecisas de grandes embarcaciones. A guisa de lauchas con sus velas encoradas, formaban bronceado contraste en la armonía de este cuadro de colores velados y vaporosos.

Del lado de la montaña se ve una multitud de preciosas villas que blancas todas ellas, parecen una hilera de alegres niños del mar. A través de los intersticios del ramaje, se admiran sus terrazas de mármol, sus fachadas elegantes, adornadas de un balcón, del que desbordan las enredaderas y ofrecen a las mariposas de mil colores y a las doradas abejas, una verdadera esca de flores.

A fin del camino, sobre un pintoresco promontorio, se levanta el castillo de Miramar. Sus torres coronadas de almenas, su maciza arquitectura, dominan el mar en la agitación melancólica y fiera de una fortaleza.

La historia de este castillo no ha sido nunca escrita, y como conozo los detalles de ella por un amigo de infancia de Maximiliano, el lector encontrará seguramente algún interés en conocerla.

En 1836 el joven arquitecto era comandante de la marina austriaca, y le debieron sus triunfos. Ni pensaba en Miramar ni en que había de ser un día gobernador de las provincias lombardas; había hecho ya un viaje a Grecia y el Asia menor; había recorrido España, Portugal y Suiza; había visitado el Oriente y la Tierra Santa. Amaba el mar, como lo ama un marino, y había fijado su residencia en Trieste; muchas veces en medio de la tempestad subía en un bote y se complacía en afrontar solo el peligro. Un día en que el viento fuerte sopla con gran fuerza, arastrado a su embarcación como una pluma, y fúe llevada más allá del cabo Gignano; al fúe calma completa y una agua tranquila como la de un lago. Maximiliano desembarcó y encontró la provisión tan favorable; el punto de vista tan hermoso que resolvió construir allí una casita de pescador. Compró el terreno y empezó por hacer envíos de cultivos de plantas exóticas, no sospechando la fecundidad extraordinaria de aquel suelo expuesto al pleno medio día.

Al año siguiente, se casó con la hija del rey de las bólgas, y el rico anhelo que le trajera la princesa transformó la casita en palacio digno de un rey.

En esta época, Maximiliano se ocupaba mucho de arquitectura; había concebido ya la idea de esa admirable Iglesia a voluta, que es una de las joyas de la ciudad de Viena, se dedicó a hacer el mismo plano de Miramar. Los trabajos fueron emprendidos con actividad; pero en 1859, cuando tuvo que abandonar la Lombardía, no había concluido más que la casa rústica que se levanta en la cam-

bra de la colina. Allí se instaló con su esposa, y encontró esta morada tan encantada, que no quiso dejarla ni aun después de concluido el castillo.

Imaginad un gran chalet, tapizado de madre-selva y ornado de viduas al vestíbulo, en forma de gualdras, rodeado de borques de camelias y de laureles, rosas que le daban sombra, haciendo de él un retiro misterioso. ¡Qué suavemente debían deslizarse las horas de la vida en su soledad, perfumada de flores, inundada de pajaros de todas clases, en este nido de riachuelo folaje, que tenía por techo el cielo, la mar a los pies y un casto amor en el corazón!

Maximiliano había realizado su sueño moderno, una choza, un corazón y una fortuna. La generalidad de este príncipe hacia este último elemento de dicha, indispensable, porque le gustaba rodearse de artistas, de hombres de ciencias y de sabios; los colmaba de atenciones y no olvidaba nunca esos pequeños regalos tan naturales para fomentar y mantener una amistad. ¡Ah! si estas alamedas pudiesen hablar, si estos árboles pudieran repetir lo que han oído, penetrarían hasta el fondo de esta alma y veríamos cuán nobles eran las ideas y los proyectos que la agitaban.

Maximiliano era ante todo un hombre de corazón; su recuerdo es aun hoy venerado en esas provincias lombardas que administraba como amo y como padre, y en ese México, donde no quiso reinar como conquistador, los indios de las cercanías de Querétaro no hacían una cabalía sino poner en ella como talismán una piedra bendecida del sitio donde había vivido. A la llegada de su féretro a Trieste no se había visto nunca más profunda emoción: las tiendas estaban cerradas, el trabajo suspendido en todas partes, no se encontraba mas que gentes vestidas de luto y las mujeres que sollozaban. Durante muchos años las clases bajas de la población estara no han querido creer su muerte. «El vóteral decían ellos; él volverá».

Cuando se piensa en la vida feliz que hubiese podido llevar aquí, cuando se evoca este pasado de horas lentas y tranquilas, y cuando ahora se piensa que él ya no existe y que ella aun entre los vivos, está muerta también, una indefinible tristeza se apodera del ánimo al atravesar los umbrales de esta recinto. No se pueden recorrer estos jardines llenos de encantos, sin que traigan el recuerdo de escenas de felicidad; en estas alamedas bufañas de una luz verde y erupescular, la imaginación cree ver aun una amorosa pareja humana, que desaparece. Es como un nuevo paraíso perdido, en el como en el antiguo. Era poco la primera: a serpiente del orgullo se dirigió primero a la mujer, que tomó la manzana, la probó y la ofreció en seguida a su marido. La joven archiduquesa tenía nostalgia de corona y de gloria, y en la terrible aventura de México los historiadores futuros buscarán la mujer.

Pero entremos en ese castillo que está en Viena envidias, tanto mas vivas, cuanto que Maximiliano era el hombre mas popular de la monarquía; la puerta abierta siempre, no hay necesidad de decir ni su nombre ni sus condiciones; se ve allí como a una peregrinación.

En el vestíbulo, una docena de aberturas en el alero indica que se está en la casa de un príncipe de la sangre; el aspecto poco guerrero de estas armas de aparato está aun suavizado por la vecindad de una copa de mármol, donde deben dos palomas de cuello arqueado y temblorosas a la ventana del fondo sirve de marco al gofo de Trieste. Es una decoración en marfil. El despacho y el dormitorio contiguos que se abren sobre el vestíbulo son la reproducción exacta de las dos cabinas que Maximiliano ocupaba a bordo de la fragata Norcar, en la que dio la vuelta al mundo. Sobre la mesa de despacho una miniatura de la emperatriz Carlota. La biblioteca, y en los libros de ciencias, de historia y de viajes escritos en todas lenguas. A la edad de diez y ocho años, Maximiliano hablaba el francés, el inglés, el español, el húngaro, el alemán, el griego y el latín. Estatuas de Dante, de Goethe, de Shakespeare y de Homero adornaban esta pieza, de un estilo sobrio y elegante. En esta pieza, que tenía vista al mar,

cuya sublime inmensidad le gustaba admirar, fue donde Maximiliano escribió sus cuatro volúmenes de memorias, ensayos de viajes, de asuntos y posadas. No conozco sitio mas admirablemente escogido para la fantasía y el trabajo, para pensar y olvidar.

Maximiliano tenía un exquisito talento descriptivo, observaba con perspicacia, y escribía con arte. Queréis un ejemplo, he aquí el conserjo que daba a los viajeros fúnticos como él: «Cuando viajéis, debéis juzgar una ciudad antes de entrar en ella. Si está dominada de a los y negros campanarios, de cúpulas brillantes, entrad; encontrareis hermosos monumentos y grandes recuerdos, pero si se os presenta sin esas grandes construcciones no entréis, no veréis mas que casas y calles ordinarias. No entréis, a no ser que el arte y el algodón tengan para vosotros mas importancia que otra cosa cualquiera. Si de lejos apercibís chimeneas colosas, bufi como al aspecto de los molinos de viento, porqué entre todas las ciudades fabrilas son las mas fastidiosas; miran el espíritu y el corazón y transforman a los hombres en máquinas».

Amaba la Italia: «Nápoles era para él un pedazo de Paraiso caído del Cielo», ha descripto esta ciudad con la pluma de un serafín mojada en el oro de una estrella.

En el salón se ostentan los retratos del emperador y de la emperatriz de Austria. En el dormitorio están los retratos de Napoleón III y de la emperatriz. La capilla ha sido construida por el modelo de la santa capilla de Jerusalén.

El primer piso encierra una completa colección de cuadros antiguos y de retratos. En el cuarto llamado del emperador, Pio IX está colocado frente a la reina Isabel. También se ve igualmente un cuadro de Rafael y el secretario de Maria Antonieta de palo santo. El salón de conversación está cubierto de pinturas alcuir a la historia de Miramar, las legadas de los romanos, el emperador Leopoldo I recibido en Trieste, la diputación mexicana pre-entendándose a Maximiliano y su partida para México. Como el castillo Imperial de Viena, el castillo de Miramar tiene tambien un salón del Trono.

La escalera, de gusto gótico alemán, es de madera esculpida, con estatuas de heraldos de armas sosteniendo candelabros. Los muros están cubiertos de trofeos de los traidores del Archipiélago.

Maximiliano tenía hacia la naturaleza la pasión de un J. Rousseau; veía en las plantas algo más que su aspecto material al y prosaico; le gustaban sus colores, sus variadas formas, sus perfumes, las colinas como hombre de gusto y artista, y las describía como poeta. En profusión las había repartido al alrededor de Miramar cambiando así en oasis la roca desnuda; y aclimatando bajo esta latitud la vegetación delicada y radiante del Oriente. Del alto de las terrazas se ve todo el brillante panorama de los tamarindos, de los sauces, de los cocos, de los pinos, de los cactus y de las higueras.

Hay aquí y allí palmeras que hacen recordar a Pablo y Virginia, y que él llamaba en su lenguaje fantástico «chada salida del sueño de algún dios». Comparaba tambien la graciosa flexibilidad que su hoja a la danza de las Gracias; hay pateras de una riqueza de tonos tan brillante, que parecen sembrados de pedrerías y bordados como las casullas. Cien sobre él unas deliciosas enramadas que parecen formar encantadoras grutas de ninfas. Estantes sembrados de sofás, forman bonitos espos sobre el césped, y destacando sus blancas formas sobre la sombra rama se ven varias estatuas mitológicas cuya divina desnudez pareciera buscar abrigar en los rayos del sol.

Tal inclinación tenía Maximiliano a Miramar que lo había convertido en el retiro encantador de los principios de las Mil y una noches. Y si en otro mundo hay una recompensa para los que han sufrido injustamente, debe serle permitido venir a guisa de a buscar en estas alamedas que ha plantado, las huellas de la pobre Ophelia.

Sus solas distracciones de México eran los momentos que dedicaba a Miramar. Dirigía su antigua residencia como si debiera volver a ella de un momento.

—Dispense usted, señorito, pero mi ropa podía manchar los muebles...

—No importa; ¿entonces usted...

—Hablaré de p. é.

—Le repito que se siente.

El mendigo obedeció, y entonces preguntó el marqués:

—¿Usted conoce por lo que he comprendido al Sr. D. Eugenio Pérez de Rosales?

—¡Ah! sí señor, mucho por mi desgracia y por la de otros también. Pero yo le he conocido ahora que sé que está en Madrid, y aunque la justicia no se ha hecho para los pobres, al menos le diré lo que he oído, porque es muy malvado hombre, miserable, muy malo. Yo me voy a ver a él y lo seré a pesar de todo, no cambio mi miseria por toda su riqueza.

—Vamos, cílmese usted, que quizás hoy ha entrado usted con buen pie en esta casa.

—Dios le bendiga por el bien que me han hecho. Tres días he estado en el hospital, y no había entrado en mi cuerpo nada caliente, hasta que me recibí a su limosna, he podido tomar una friolera.

—Pues en lo sucesivo podrá usted hacerle todos los días y pronto se rependerá usted.

—¿Con qué podrá pagarle tanto bien?

—Muy sencillo; con su gratitud, nada más, repaño Federico contando la fra- que iba a proporcionar el marqués.

—¿Qué dice usted, señor?

—¿Usted de dónde conoce usted a D. Eugenio?

—¡Ah! yo lo conozco desde que era un pobre, lo conozco hace veinte y siete años.

un día a otro; trasmítala por cada correo sus órdenes para cambiar o trasportar las flores de tal parterre, para amueblar tal habitación, para hacer aquí aumentos; allí reparaciones.

Miramar era para él el cayado y el sombrero del pastor de la fábula convertido en rey; su recuerdo de lo trata a la memoria la vida pasada y lo suavizaba de las sombras ocupaciones del presente. La diputación mejicana encargada de presentarle la corona de México, llegó a Miramar el 10 de Abril de 1861. «Venimos, dijo Gutierrez Estrada, a rogaros os dignéis ocupar el trono de México, donde os amamos los votos de un país, el tiempo ha de serido por la guerra; poseéis el secreto de conquistar corazones y la ciencia difícil de gobernar».

Maximiliano respondió que accedía a los deseos de los pueblos mejicanos y que su gobierno sería liberal y constitucional. «To demostraré (agregó) que la libertad es compatible con el reinado del orden; respetaré la libertad y haré respetar el orden». Gutierrez Estrada dió gracias al archiduque en nombre de la nación mejicana; después el nuevo emperador juró sobre el Evangelio trabajar para la felicidad y prosperidad de su pueblo y de proteger la independencia nacional.

A su vez Gutierrez prestó, en nombre de la ciudad de México, el juramento de fidelidad al emperador; luego Maximiliano lo abrazó y suspendió a su cuello la Orden de Nuestra Señora de Guadalupe, que acababa de crear.

Tres días después, la imperial pareja abandonaba el suelo de Austria. Desde muy temprano una animación extraordinaria reinaba en el puerto de Trieste y en el camino de Miramar. De todas las partes del reino llegaba gente a despedirse de los queridos de los arch duques.

La Norcarra y la fragata Phoenix ancladas en la rada, y cerca de los dos navíos, se balanceaban sobre sus áncoras seis vapores del Lloyd austriaco cargados de espectadores.

A la una de la tarde, el emperador, llevando del brazo a su mujer y preparado para el viaje, entró en los salones donde le esperaban veinte y tantas diputaciones encargadas de despedirle. Maximiliano estaba visiblemente conmovido; cuando el Bürgermeister de Trieste le expresó el dolor que la población tenía por su marcha, no contuvo sus lágrimas, abrazó al Bürgermeister, apretó la mano a los que le rodeaban y murmuro a media voz: «Presiento que no volveré a ver este país; está naturaleza poética y caballeresca era accesible a los mas singulares presentimientos».

Pensamientos siniestros se introdujeron de repente en el fondo de su alma, y lo postraban en infinitas tristezas. Su diario de viaje está lleno de melancólicas reflexiones: «La tierra es tan pequeña, dijo en algun aparte, y sin embargo, cuán cuidados de una parte a otra nos vemos en ella! Felices los que no se encuentran en estos valientes».

SS. MM. entraron en el bote magníficamente empujados, que la villa de Trieste había puesto a su disposición y al mismo tiempo una salva de 100 cañonazos resonó los ecos del mar y mas de 30,000 manos agitaron en los aires sus pañuelos y sus sombreros.

Maximiliano y Carlota se embarcaron a bordo de la Norcarra, aforrada con los colores mejicanos; hacia las cuatro, los dos navíos se perdían de vista, y solamente estacionados, a multitud pasó a dejar las orillas, donde de larga distancia, parecía invisible. Los que ten un anteojo habían distinguido perfectamente hasta el último momento un hombre de pie a la popa, los ojos fijos sobre Miramar: habían reconocido en él a Maximiliano.

(Continuado.)

GACETILLA

Sin dinero y sin mujer

Ha tenido lugar en estos días en los alrededores de la ciudad, una escena trágico-cómica. Sucedió que un lechero estaba perdidamente enamorado de una doncella vascongada que estaba al servicio en la calle Daimon. Principó a requerirla y esta se dejó querer.

—Larga es la fecha.

—¿Cuánto ha sufrido desde entonces?

—Lo conocí usted en Madrid?

—No señor, en París.

—¿En París?

—Yo servía al barón de Monserrat, que sin agravio de los presentes era un señor como hay pocos. Desde niño haba a com el pan de su casa, y no pasaba un día que no lo recordase.

—¿No es hija de ese señor la esposa del Peretz?

—Si señor, ¿quiere todavía la señorita?

—Ya lo creo.

—¿Con qué tales mañas tiene?

—¿Y su cuñado el señor conde de La Tour Blanche?

—Tambien vive.

—Ya se ve, los tonos se respetan entre sí.

—¿Cuándo lo que haba a usted, buen hombre; porque tanto el conde como Peretz disfrutaban de una reputación envidiable, y nadie es capaz de sospechar de ellos.

—Así es el mundo; juegan siempre con las apariencias que lo mas veces se engañan.

—¿Con qué, tambien el conde dice usted que es malo?

—Si señor, tanto como don Eugenio.

—Vamos usted a-bes exgerar a mi dadas.

—Con el contrario, todavía no digo lo que son en sí. Puedo decir es cosas que de seguro les harían reír.

—¿Quién hubiera de creerlo en personas así—dijo el marqués con bicipita sorpresa.

—Pero vamos no puedo creer lo que usted dice; sin duda una ofesación le hace hablar así, dijo Federico.

CAPITULO XIV

Un festigo inesperado

—José, dí a ese hombre que puede pasar, exclamó el marqués abriendo la puerta del gabinete después que haba calculado que el doctor estaria ya en su cuarto.

Un momento después un anciano harapiento, demacrado el rostro, reflejándose en él tanto los recientes padecimientos físicos, cuanto los antiguos padecimientos morales, cojeando y tembloroso, penetró en la estancia.

—Cerra la puerta—dijo Federico al criado—y ten presente que para nadie está en casa el marqués.

—Pierda usted cuidado, señorito, contestó José al par que hacia lo que se le mandara.

El mendigo contemplaba con asombro el lujo de aquel aposento y con mayor asombro todavía las precauciones que respecto a él se tomaban.

—¿Qué quiere usted—le dijo el marqués. Obedece a un anciano, y Federico añadió:

—Séntese usted.

